

de tratar á uno que sabe tanto como nosotros, para que éste, al contestar, lo haga con la misma moderacion, y se trabe así una discusion provechosa, tratada con la decencia que debe hallarse entre los literatos, y dirigida por ambas partes á buscar la verdad.

Muchos conozco que, apénas vé la luz pública algun libro, cuando, sin verlo siquiera, lo descuartizan solo porque el autor vive entre ellos. Defecto y ligereza impropios de un escritor; y defecto y ligereza que obligan al autor á saltar al terreno de la discusion literaria en defensa de su obra.

Antes de provocar una polémica debe mirar el escritor si está de su parte la razon, y si no le mueve á ello el espíritu de venganza: porque ni con estas armas se presenta al combate, segura será su victoria; y su contrario, si es instruido, se aprovechará de las luces que en la discusion ha vertido su contrario.

El que provoque la polémica, debe huir de la mentira y entrar de lleno en la verdad, disimulando en el contrario los ligeros yerros que sean compatibles con la misma verdad. Debe así mismo en sus observaciones manifestar que no es su ánimo ofender, ni insultar, sino aclarar dudas y desvanecer errores perjudiciales á las letras; porque si el que hace observaciones, las hace con modestia y

buena fé, aquel á quien se las hace entrará tambien de buena fé en la discusion, la cual será precisamente instructiva, porque de esta polémica donde el ofensor y el ofendido buscan la verdad, desvaneciéndose con su talento el velo que impidiera ver las cosas como en sí eran, resulta el servicio á la juventud estudiosa.

Buen médico es el que disimula ciertas dolencias, atacando únicamente la enfermedad peligrosa, y dócil enfermo el que, conociendo que el método que le receta es saludable, se amolda á seguirlo.

El que provoca la polémica y el provocado, deben buscar la verdad, porque si entre los dos la buscan, como que llevan un mismo camino, pronto darán con ella.

El que abraza una polémica y huye de la verdad, se parece al ciego que busca la luz solo por aparentar que ve.

Cualidad es de sabios oír las opiniones de su contrario y estudiarlas con calma, para así conocer lo que debe responder, confesando de plano los yerros que le advierten, ó desvaneciéndose el error en que incurrió el contrario de la mejor buena fé.

Vanidad y soberbia manifesta el que conociendo la verdad disputa contra ella por no confesarse vencido ante el público.

El que este defecto tenga, no sirve ni para

impugnador ni para impugnado; porque si es lo primero, no se contenta con ver humillado á su contrario; y si lo segundo, se vale, al conocer su ninguna razon, del insulto y de la mordacidad que no se hermanan nunca con la ilustracion.

Los que pasan por escritores, y encadenan la verdad á sus pasiones, se parecen á aquellos á quienes el pueblo les llama sus libertadores, siendo sus mayores tiranos.

De las polémicas abrazadas con la mejor buena fé de ambas partes, resulta la derrota del error: es decir, la verdadera ciencia; porque de la caída del error nace el conocimiento de la verdad.

De nada sirve que el escritor tenga mucho talento y mucha instruccion, si lo emplea en defender una causa injusta.

Enfermo está el que no digiere bien los manjares que ha tomado.

La comida mal digerida, para servirme de las palabras de Villanueva, enjendra malos humores, corrompe el cuerpo y no le nutre. Así la mucha ciencia no aprovecha ni nutre el espíritu indijéstase en la memoria, que es como el estómago del alma, si no comunicase su sustancia por los miembros del alma que son las costumbres y las obras.

Si quieres que aprovechen á la república literaria tus luces, no las cubras con el velo

de la falsedad, porque así impedirás que tu contrario conozca la belleza de la verdad que es la luz del alma, la luz de la felicidad, de la verdadera ciencia.

Por imprudente se tiene al que conociendo el buen camino, se empeña en bajar por pendientes y precipicios. Imprudente será el que, conociendo la razon de su contrario, se empeña en seguir las tinieblas de su amor propio y de su error que, por fuerza le han de conducir al desprecio universal.

Todos los ejércitos que militan bajo una misma bandera, se socorren mutuamente y se favorecen, porque de esta reunion resulta la sólida fuerza. Y tan solo los literatos que debieran militar bajo la bandera de la verdad y de la razon, se separan cual si encarnizados enemigos fueran, para combatir esa misma verdad y esa misma razon de las que se llaman defensores.

El que sostiene una discusion literaria y se empeña en humillar al otro, aunque conozca la verdad que sus razones encierran, manifiesta un desmedido orgullo, orgullo que al fin le arrastra á pasar los límites de la urbanidad con que revela su ignorancia, ó su falta de imparcialidad.

El que anhele no incurrir en esta fea nota que le desprestigia con el público sensato, procure moderar su escesivo amor propio te-

niendo de sí mismo un concepto humilde, aunque no humillante, porque la humildad es el camino del verdadero saber.

No te empeñes en las polémicas en decir, yo tengo razon, sino en probar la razon, porque cuanto ménos la vociferes y mas la pruebas, mas resaltará su brillo, y mas honra y fama te dará.

De las polémicas injustas nacen los odios: de las justas el aprecio, y á veces la amistad.

Sé justo en tus discusiones, y te atraerás el respeto y el aprecio de tu contrario.

El que huye de la verdad, huye de la discusion; y el que huye de la discusion razonada, quiere vivir en las tinieblas, en el error.

Las polémicas han de ser claras y concisas, sin el follaje vano de la palabrería que entorpece el camino de la filosofía.

El sol desprecia la compañía de las estrellas, porque le basta su sola luz para cautivar é iluminar el mundo.

Las discusiones literarias suscitadas entre verdaderos sábios, cuyo móvil es el estudio de la verdad, disipan las preocupaciones, iluminan las ideas, ratifican las buenas doctrinas, aumentan los conocimientos, perfeccionan el estilo, é ilustran al escritor y al público en general.

El sábio que en sus polémicas no se apar-

ta de la sabiduría, es decir de la verdad, y se afana por demostrar la filosofía que encieran sus saludables máximas, hace sábio al mismo que corrige, porque su correccion es sólida, como que está fundada en la verdad.

Por eso el hombre sensato debe huir de las discusiones donde su contrario se aparte de la verdad: de esas discusiones suscitadas solo por el prurito de disputar de todo cuanto se publica: porque lo que se puede aprender con la polémica sostenida con un sábio, se pierde con aquel que disputa sin oportunidad, y sin otro objeto que el de criticar.

Prudente es el que sostiene polémicas con hombres instruidos, y prudente el que las abandona cuando su contrario es terco é ignorante.

Nunca en las discusiones literarias debe tratar con menosprecio el mas sábio al de ménos saber, porque si bien parece que el poderoso sea afable con el pobre, y esta afabilidad le realza á los ojos del público y de Dios, mucho mejor parecerá el sábio que usa de urbanidad y consideracion con el que sabe ménos que él.

La honra y las distinciones ensalzan al que las dá, al paso que siembran el reconocimiento en el corazon del que las recibe.

No se olviden, pues, los escritores de guardarse mutuamente en sus polémicas literarias, el respeto que se deben, y de encaminarse siempre à la verdad, para que de esta manera sean útiles á sí mismos y á la juventud estudiosa.



Mugeres escritoras.

Mucho estudio, vastos conocimientos y gran talento, hemos dicho ya que son indispensables en todo aquel que se dedica à escribir para ilustrar ò entretener al público: así es que en la muger, lo mismo, que en el hombre, es preciso que concurren tan bellas cualidades, para que no caigan en la nota de temerarios.

Pocas son las mugeres que reciben una educacion propiamente literaria, porque habiendo nacido con la obligacion de ocuparse de los asuntos domésticos, aquella educacion seria perjudicial à la sociedad entera, si la muger por atender al deseo de publicar sus ideas, desatendiera la educacion de sus hijos y el arreglo interior de la casa.

Salir de la esfera en que Dios ha colocado sabiamente á las criaturas, es rebelarse contra el órden y contra la naturaleza. Si la muger, como algunos pretenden, recibiera la educacion que el hombre, y se ocupara de los asuntos políticos, el segundo se veria obligado á ocuparse de los negocios que son propios de la muger, formando así un contraste perjudicial y ridículo.

Nada pierde la muger con no escribir para el público; todo lo contrario: la sociedad vé con mas aprecio á aquella que confiesa con franqueza que no ha estudiado mas que el modo de gobernar su casa, que á la que hace gala de su saber y quiere reformar el mundo.

Muchas hay que porque han leído cuatro novelas y algunos versitos, se creen grandes literatas y con suficiente saber para ilustrar á la sociedad.

Las novelas son humo, y las que las estudian solo reciben una instruccion de humo, que solo podrá producir tambien humo.

Las que se creen literatas porque han aprendido de memoria algunas novelas y algunos versos, son semejantes á las que se juzgan hermosas por el colorete que se han dado en el rostro.

Viénenles, generalmente á las mugeres, estas ideas de que son literatas, de la adula-

cion con que algunos falsos amigos, que pasan por escritores, aunque no lo son realmente, las halagan, con perjuicio de la reputacion de ellas, á quienes el público no perdona ni el menor defecto que encuentra en sus producciones.

La muger no se atreveria á dar ninguna composicion al público, si no fuera impelida por la adulacion de alguno, que le persuade á ello, haciéndola creer que su produccion es inimitable, cuando tal vez está plagada de errores; pues si así no fuera, no véramos todos los dias tantas composiciones defectuosísimas en todos sentidos, que si un imparcial crítico las refutara, abochornaria á la que por una condescendencia colocò su nombre al pié de ellas.

La muger debe manifestarse celosa de su buena opinion, y ecsaminar detenidamente la composicion que, firmada por ella, va á leer el público; porque la mas ligera expresion libre, echaria sobre su honra una imborrable mancha.

Mucho han dado que decir algunas producciones que, de poco tiempo á esta parte han salido, firmadas por señoras: aunque por honor de ellas y por amor á la verdad, debemos creer que, falsos amigos de ellas y necios-aduladores, las escribieron; y digo falsos amigos y necios aduladores, porque solo así

podian ver la luz pública composiciones contrarias al pudor, que sonrojarian á un hombre de recto juicio.

Persuádome á creer que son falsos amigos los que escriben la mayor parte de las producciones que van firmadas por señoras, el haber visto otras veces el nombre de algunas al pié de las composiciones que yo habia visto escribir á algunos conocidos míos.

Esto no es decir que las mugeres no sean capaces de escribir cosas dignas del público, no: conozco algunas que tienen el necesario y laudable amor propio para no dar por suyo lo que no han escrito, y cuyas sentidas producciones, me han conmovido. Pero de notarse es que, en estas sentidas producciones, no hay ninguna palabra que ofenda al pudor; al paso que anda desterrado de las otras.

La muger debe en sus escritos no traspasar los límites de la moral, porque traspasarlos es deshonorarse, y alcanzar el desprecio general cuando aspiraba á un renombre esclarecido. Por eso debe huir de esas comparaciones ecsageradas de llamar á su amante *su Dios*, como he leído hace poco en una poesía firmada por muger; y de hacer gala de los besos que le ha dado, arrastrada de su amor, porque no todo lo que se hace se

debe decir, y mucho ménos lo debe decir una señora.

Vano es aquel que deslumbrado por el oropel que con poco costo ha podido adquirir, se juzga rico y capaz de remediar las necesidades del prójimo, confundiendo el espesado oropel con el precioso metal llamado oro.

Vana es la muger que seducida por las bonitas palabras que ha aprendido de algunas novelas, con poco trabajo, se juzga ya una literata de vastos conocimientos, rica en saber, y capaz de ilustrar al mundo.

Bueno es que escriban las mugeres que tienen instruccion y talento; pero deben hacerlo de vez en cuando y por mero pasatiempo; mas no con objeto de pasar por ilustradas, dedicándose esclusivamente á ello, desatendiendo los quehaceres domésticos.

¿Qué seria de una casa donde el marido y la muger se dedicaran únicamente á escribir? Seria el desórden universal compendiado en los estrechos límites de una casa.

Sábía es la muger que conoce sus deberes y educa á sus hijos religiosamente, aunque ignore el arte poética, la oratoria y la política.

La muger debe dudar de las alabanzas que le prodigan los que la visitan, porque tal vez se sirven de estas alabanzas para

atraerse la estimacion de ellas, llevados de innobles fines.

Muchos hay que tienen la suficiente maldad para elogiar todo lo que haces, y pocos la virtud de señalarte con franqueza los defectos en que has incurrido. Desprecia, pues, la amistad de aquellos que todo te aplauden, porque persuadida debes de estar de que indispensablemente, por buena que sea una obra, ha de tener defectos dignos de censura.

La muger sensata jamas debe poner su nombre bajo la composicion que le haya hecho otra persona, porque debe no olvidar que las amistades rara vez son firmes, y que aquel que hoy es su mas rendido admirador, mañana, por cualquier disgusto que con ella tenga, la acusará tal vez de vana, publicandolo entre sus amigos, como ya ha sucedido muchas veces, que él es el autor de aquellos artículos.

Muy recomendable es en las mugeres la aplicacion á las letras y á todo aquello que sea útil al entendimiento; pero esta aplicacion debe ser cosa secundaria, debe venir despues de que estén enteramente instruidas en las cosas propias de su sexo, en el gobierno de una casa.

La muger generalmente tiene delicado gusto y talento; pero como estas dos bellas cualidades sin el estudio no son suficientes

para poder escribir bien sobre asuntos útiles, obrará con prudencia, si le falta el último requisito indispensable, si guarda aquel gusto y aquel talento para provecho propio.

Aun cuando la muger tenga todo aquel talento y aquella vasta instruccion indispensables en un buen escritor, nada tiene si no revela en sus escritos modestia y pudor; porque una muger escribiendo cosas que ofendan á la moral se hace aborrecible de todos.

Nunca escribas aquello que no puedas hacer.

Decir una muger en una produccion que ha dado besos á su amante, es dárselos á presencia de todo el mundo en medio de la calle.

La muger que pone su nombre al pié de alguna composicion que no ha escrito, se parece á aquellos que se visten con la ropa de otros, y de la cual se ven obligados á despojarse públicamente cuando quiere su verdadero dueño.

La que admite por vanidad la composicion escrita por un falso amigo y la prohija, esclava se hace del verdadero autor, porque el temor de que descubra la verdad, la arrastra á ese extremo.

A los que tienen empeño en que admitas su composicion y la firmes, míralos como á usureros que prestan sus tesoros quedándose

con alguna prenda de superior valor á la cantidad que prestan; porque la prenda que les dejas por la composicion que te dan, es nada ménos que la de tu buen nombre.

Vano es el que regala sus producciones, necia las que las prohija: el primeto manifiesta el alto concepto que tiene de sí mismo, creyendo que sus composiciones tienen el suficiente mérito para dar renombre á la muger que finge amar: la segunda su falta de delicadeza queriendo conquistar un título que está muy léjos de merecer.

Mas vale que seas pobre en vanidad, que rica en deseos de figurar.

La vanidad es la nube que empaña el brillo de la virtud; y la muger sin virtud es el falso diamante colocado entre los de inestimable precio, el cual se ve despreciado de todo el mundo en cuanto ha sido ecsaminado y conocido.

¿Qué dirias de una amiga que convidándote á un suntuoso banquete publicara que ella era la que lo daba, cuando tú estabas persuadida de lo contrario, y de que ella no era mas que la encargada de servir? Sin duda que criticarias su necia vanidad y que la mirarias con el mas alto desprecio.

¿Pues teme que esto suceda contigo si convidas á los amantes á la lectura á que lean

las producciones de otro y que tú las presentes como tuyas.

No anheles ser escritora de profesion si eres casada, porque el tiempo que dedicas á tus obras se los robas á tus tiernos hijos que necesitan de tus cuidados.

La que prefiere entretener al público á educar á sus hijos, se parece á aquellos ricos disipados que gastan en convidar á sus amigos los tesoros que debieran guardar para su familia.

Si en efecto tienes instruccion y talento, y te dedicas á escribir, no traspases jamas los límites de la decencia tan recomendable en la muger, y desprecia todo lo nuevo que pueda dañar á la moral, porque la religion cristiana condena todo lo nuevo que perjudica á las buenas costumbres.

Si despreciable es la muger desenvuelta en su conversacion, ¿cuánto mas no lo será la que haciendo alarde de su desenvoltura la graba en sus obras?

Nunca pintes las pasiones con colores tan ecsagerados que traspasen los límites de la verdad.

Toda ecsageracion es un defecto. La decadencia de la literatura comienza desde que la verdad se desprecia creyéndola débil.

¿Quièn asegura que no ha empezado ya esa decadencia á sentirse en nuestra literatu-

ra? Ya la palabra "amor" nos parece fría, y en su lugar se pone el verbo "adorar" que era el destinado á manifestar nuestro íntimo afecto á Dios. El adjetivo "hermosa" nos parece poco expresivo, y en su lugar ponemos "divino:" la pasión mas ligera y liviana decimos que es eterna, prostituyendo y corrompiendo así el idioma y el delicado gusto.

La escageracion en el hombre es reprehensible: en la muger es abominable.

Una muger que llama su Dios a su amante, como he visto en algunas composiciones, merece una censura severa, porque es una blasfemia, y una blasfemia en una muger horroriza a la sociedad y ruboriza a las que pertenecen a ese delicado sexo, que es y ha sido siempre modelo de modestia y de pudor.

Si llamas Dios al hombre inconstante, ¿cómo le llamarás al Hacedor de todas las cosas?

¿Qué dirias si el criado de tu casa, para ponderar su amor, comparaba a una de tus despreciables criadas contigo? ... Sin duda que te indignarias. Pues mira si Dios deberá indignarse de que compares a un corrompido mortal con él, que es la suma virtud y la suma grandeza.

Tan recomendable es la muger indocta como la docta, porque nó habiendo nacido la

muger destinada a las ciencias, ni a los empleos públicos, sino al cuidado de su casa y de su familia, casi le son inútiles todos los conocimientos que salen de la órbita de sus obligaciones.

Muy recomendable es la muger que no toma parte en aquellas conversaciones que no entiende; vana la que anhelando manifestar sus conocimientos, discute sin otro fin que el de causar admiracion.

Bueno es que la muger, cuando tiene talento é instruccion, escriba, porque sus conocimientos serán tal vez útiles a la sociedad; pero debe hacerlo de una manera digna, de una manera que no desmienta el buen concepto que el mundo tiene formado de su virtud, de su pudor y de su humildad.

Lo que escriba la pluma de la muger debe ser altamente moral, y nada que traspase los linderos de la honestidad.

Debe tambien la muger antes de abrazar una idea nueva presentada por otros autores, examinarla detenidamente, porque como dice San Ambrosio: *Nová omnia, quæ Christus non docuit, jure damnamus*: condená la piedad todo lo nuevo que no predicó Jesucristo.

Muchas son las mugeres que escriben, pocas las que merecen el nombre de escritoras.

Cualquiera sin ser arquitecto construye

una casita de madera para que jueguen con ella los niños.

Cualquiera, sin ser escritora, puede presentar producciones ligeras en prosa ó verso, para entretener a los indoctos.

La muger, pues, que carezca de instrucción y de talento, no intente pasar por docta, firmando producciones ajenas, porque persuadida debe vivir que al fin se sabrá la verdad con perjuicio de su buen nombre.

La que esté dotada de ambas cosas, escriba con moderacion, porque si loable es la muger que guarda silencio por no mostrar su ignorancia, mucho mas lo es la que pudiendo lucir guarda aquella modestia tan recomendable en el bello sexo.

En las instruidas y en las indoctas, el hablar ó escribir poco es virtud recomendable.



Predicadores.

Para hablar como sabio y agradar á los hombres, gran suma de conocimientos son necesarios. Para hablar como intérprete de Dios y convertir á los hombres, grandes virtudes, claro entendimiento y vasta instruccion son precisos.

Digno de alabanza es el ministro de un poderoso rey que desempeña con acierto las funciones que dan lustre y gloria á su nacion.

Ministro del Señor es el predicador, y digno de respeto será si desempeña fielmente la mision que tiene sobre la tierra.

Depositario del poder es el predicador, y palabras de verdad deben tan solo salir de su boca.

Si el que se apodera de un depósito que se le ha confiado para repartir entre los niños que han quedado bajo su tutela, merece un severo castigo, ¿cuál será el que merece el depositario de la caridad, de la piedad y del amor hácia Dios y sus semejantes, que no reparta esa caridad, esa piedad, y ese amor hácia Dios y sus semejantes?

La mision del predicador no se limita solo á manifestar á los fieles la grandeza y la bondad del Criador, si no que se estiende á traer al gremio de los cristianos, á los hereges y á los incrédulos; y esto último es algo mas difícil de lo que parece á primera vista.

Los ligeros errores que son disimulables en los autores que tratan cosas profundas, son imperdonables en los ministros de Dios; porque los primeros hacen daño al gusto; los segundos á la verdad; y haciendo daño á la verdad, hacen daño al género humano que necesita de esa verdad, que es el áncora salvadora del hombre.

Antes de abrazar el difícil cargo de predicador, debe el sacerdote examinar detenidamente su corazon, y ver si tiene firme vocacion para serlo, y si cuenta con el talento, el saber y las virtudes indispensables, para ser digno maestro de la divina doctrina de Jesucristo.

Perjuicio hace á la nación el que admite

un empleo que no podrá desempeñar dignamente. Perjuicio hace á la religion cristiana el predicador que no cuenta con la sabiduría necesaria para serlo.

Las Sagradas Escrituras, el libro de Dios, deben ser el libro donde el predicador adquiera la sabiduría, porque en el libro de Dios solo aprenderá cosas dignas de Dios, y al enseñar su santa doctrina, el pueblo escuchará la verdad, la sentirá descender dulcemente á su corazon, y la seguirá; y siguiendo la verdad seguirá á Jesucristo donde reside la felicidad eterna del hombre.

La ciencia del predicador debe ser únicamente divina, y no cimentada sobre el saber de los mortales; porque el saber de éstos es vano; en sus máximas se encuentran multitud de sutilezas, de comparaciones falsas, de sofismas deslumbrantes que dañan al entendimiento, al paso que la doctrina del Salvador, huyendo de todo adorno perjudicial, nos señala el camino de la verdad con aquella sencillez y claridad, concision y hermosura propias únicamente de Dios.

El predicador que hace gala en sus sermones de la fecundidad de su talento, y llena su discurso de flores poéticas, es semejante á los frondosos árboles que deslumbran la vista con sus hermosas ramas y brillantes hojas, pero que apenas producen fruto.

Jesucristo huyó del falso adorno de las palabras, y ninguno fué tan elocuente como él. El predicador que sigue á Jesucristo y que enseña su doctrina, obligado está á imitarle, presentando la verdad sin el falso brillo de las palabras que opacan la claridad de la luz que vierte.

El sábio predicador debe considerarse como un defensor de las columnas de la verdad; y para defenderlas debe combatir, con la misma verdad, los errores de los incrédulos, imitando á Jesucristo en la concision, en la claridad y en la sencillez; siguiendo sus mismas palabras que son la suma verdad, la suma sencillez, y la suma claridad.

Debe tambien considerarse el sábio predicador como luz que ilumina el templo de Dios, que para que dé la claridad necesaria á las almas de los que asisten á la casa divina, necesita encenderla en la hoguera perenne de la teología que disipa las tinieblas de la ignorancia; y debe considerarse por último como soldado de Jesucristo que milita bajo sus banderas; para lo cual tiene que revestirse del valor del alma para sufrir resig-nado las persecuciones; de ardiente caridad para socorrer á los enemigos de la fé, y de las fuertes armas de la sabiduria, para combatir los errores y conquistar las almas.

El predicador debe sentir aquello mismo

que dice, porque así dará á sus palabras aquella expresion que conmueve, porque es hijo de la verdad: sus exclamaciones arrancarán lágrimas, porque serán la expresion de sentimiento, y su retórica será natural y persuasiva como impulsada por la misma verdad.

El predicador que no siente lo que dice, no puede conmuever, y no conmoviendo no puede enseñar.

Los buenos y sábios predicadores son los ojos del cuerpo cristiano que guían á este por el camino de la verdadera felicidad: cristianismos que purifican el alma y vigorizan y refrescan la materia: ricos dispensadores de los bienes de Dios, que reparten su sabiduria entre los que se acercan á oír sus palabras: vijas constantes que velan el tesoro inapreciable de la religion, de los tesoros de la falsa filosofia: verdaderos padres que advierten los defectos y los corrigen sin disimular nada: médicos que arrancan de raíz la enfermedad, y que recetan la eficaz medicina que nos precave de volver á caer enfermos.

Dios le ha dado talento al predicador no para que haga bellos discursos y ostentacion de él, sino para que instruya y enseñe sensiblemente y claramente la verdad. No para que se envanezca, sino para que le conozca, y conociéndole, distribuya su saber entre los necesitados de la verdad.

El labrador siembra el trigo, lo riega cuidadosamente con saludables aguas, y hecho pan, lo reparte entre sus amados hijos.

El predicador bueno, siembra la verdad y la virtud en los que le escuchan: las riega con las máximas de la sabiduría, y distribuye la moral cristiana, que es el pan de vida eterna, entre sus amados hermanos.

Cuando un ministro va á hablar en nombre de su nacion, estudia y corrige el discurso que va á pronunciar. El ministro de Dios, el sabio predicador, debe escribir con esmero y estudiar con cuidado lo que va á decir, para pronunciar palabras dignas del Alto Rey á quien representa; palabras que enseñen y que conmuevan; pero para esto debe usar de un lenguaje claro, correcto y dulce, como es clara, correcta y dulce la doctrina de Dios, y no espresarse en términos que escedan la comprension de los oyentes en general, porque entonces seria poco menos que inútil su trabajo. Si no dejas salir el agua que tienes encerrada con llave en la fuente, los que la esperan morirán de sed por mas que se acerquen á ella y escuchen su ruido.

Aquel es sabio predicador que presenta la verdad clara y sencillamente, y hace comprensibles con su estilo llano y dulce aun las cosas mas elevadas y sublimes.

Por sabio que un predicador sea, jamás de-

be presentarse en el púlpito sin haber meditado lo que va á decir; porque fácil le es á la fragilidad humana equivocarse; y estas equivocaciones redundan en perjuicio de la doctrina de Jesucristo.

El predicador en sus discursos debe no solo manifestar la verdad que encierra la religion cristiana, sino inspirar tambien amor íntimo á esa verdad, y mostrar los bienes que al hombre vienen de seguirla.

El conocimiento de las verdades divinas son para el alma lo que las acertadas medicinas para el cuerpo: porque aquel conocimiento manifiesta el origen de las dolencias espirituales y marca el seguro preservativo para ellas.

El predicador, al presentarse al auditorio, debe llevar estudiado su discurso tan lleno de sabiduria, como si hubiera sido escrito para atraer á la fé á un público incrédulo que le va á escuchar, porque así manifestará precisamente la verdad con toda su belleza; y mas gloria alcanzará de traer una oveja descarriada al salvador redil, que de agradar con un discurso ligero y florido, lleno de erudicion y de textos latinos, á los devotos que ya estén seguros en la divina fé, ademas de que el discurso hecho para convertir á los incrédulos, tiene la doble ventaja de ser provechoso y agradable á los constantes en la fé. Otra de las cosas indispen-

sables en el buen predicador, es la de observar él mismo la humildad que predica, huyendo cuidadosamente en su discurso de aquellas palabras que puedan revelar imperio sobre los oyentes, porque él no debe presentarse como jefe de ninguno en el púlpito, sino como un escogido de Dios que ejecuta officiosamente un deber religioso y altamente moral. Para observar este grado de humildad, digno de un ministro del Señor, no deberá decir al dirigirse al auditorio que le escucha: "pedid perdon á Dios, arrepentíos de las ofensas que le habeis hecho: llorad vuestros pecados," porque esto indica mando; sino que deberá esclamar: "pidamos perdon á Dios: arrepintámonos de las ofensas que le hemos hecho: llorémos nuestros pecados."

Aquel es verdadero predicador, que amando á Dios sobre todas las cosas, procura hacer participes de su amor á todos los hombres, estudiando sin cesar, y vertiendo en sus sermones, palabras llenas de sabiduria, cogidas del libro de Dios, del libro de la sabiduria.

El literato procura en un discurso literario que pronuncia, obtener fama de sábio entre los hombres: el sábio predicador debe apeteecer que sus discursos agráden únicamente á Dios, porque así alcanzará fama y gloria eterna.

El literato se afana por conocer las obras

de los hombres y sus máximas de moral: el sábio predicador debe afanarse por conocer á fondo la moral cristiana que se funda en principios invariables, que tiene por guía á la verdad que es el mismo Dios, que está sostenida con ejemplos perfectos dados por el mismo Dios.

Nunca al predicador le debe mover el deseo de merecer alabanzas de los hombres por los discursos que pronuncie; porque así se espone, procurando ser elegante y florido, á ser confuso en sus sermones, pero no provechoso: á despertar la admiracion de los débiles, pero no á remediar su vanidad ni fortalecer su tibia fé: á tratar cosas delicadissimas y altas, sin examinar si son de suma utilidad, con figuras y conceptos elevados que oscurecen la verdad, avergonzándose de presentar cosas humildes aunque provechosas en un estilo sencillo, como es sencilla la misma doctrina de Jesucristo.

La doctrina de Dios no necesita de adornos y flores mundanas, porque mal puede avenirse lo eterno con lo perecedero: mal la suma pureza, con la corrupcion. El maestro de la doctrina de Dios cuanto mas sencillo y claro sea en sus discursos, mas brillará, porque la verdad, que es la misma luz, mas alumbra y mas luce cuando ménos objetos se la ponen para adornarla.

El entendido escultor, para admirar y hacer admirar una hermosa figura, la despoja de los brillantes que ocultan sus bellas formas. El sábio predicador debe despojar del brillo de las palabras altisonantes, sus discursos, para admirar y hacer que admiren sus oyentes, la verdad en toda su belleza, en todo su esplendor, en toda su perfeccion.

¿De qué sirve un sermón lleno de erudicion, donde hay largos trozos en latin, lengua desconocida de la mayor parte del auditorio? De lo que le sirve al infeliz mendigo escuchar el ruido del dinero, sin poderlo conseguir para cubrir su necesidad. El predicador adquirirá el renombre de sábio, así como el dueño del dinero fama de rico; pero ninguno de los dos el título de caritativo y dispensador de la gracia.

¿De qué le sirve al predicador tener fama de sábio entre sus flacos oyentes, si es esclavo de su vanidad? ¿De qué le sirve que aquel título le dé estimacion entre los hombres, si para Dios solo es un vano que, en vez de imitarle, presentando su doctrina como él la enseñó, la cubre con un ropaje que impide verla con facilidad?

Al caminante, aún el jardín mas hermoso plantado en medio del camino le estorba, porque su afán es llegar cuanto antes al fin de su jornada. Al que va á escuchar la ver-

dad, el adorno y la erudicion y los textos latinos le molestan, porque su afán es aprender para alcanzar la gloria, que es el fin de su viaje.

Así como los reyes escojen entre sus súbditos los hombres mas sábios para enviarlos de embajadores á otras naciones; hombres que honren á los mismos reyes que los envian, así los superiores, los cabezas de la iglesia de Dios, debèrian escojer para predicadores los ministros mas sábios y mas virtuosos, para que, desempeñando dignamente su ministerio, dieran brillo á la religion cristiana, y como otros tantos apóstoles, convirtieran á la fé á los que separados de ella jimen en las tinieblas.

Antes de subir al púlpito debe el predicador observar si hay algo en la iglesia que pueda interrumpir ó alterar su calma, para que si es cosa que se pueda evitar, la mande quitar de donde està; porque de lo contrario se espone á no guardar el reposo de un digno ministro de Jesucristo.

Yo he visto á un predicador de conocida virtud, por descuidarse de esta precaucion, interrumpir su discurso despues de haber pronunciado las primeras palabras, diciendo, "*cierren esa puerta,*" y no acertando los oyentes de que puerta hablaba, repetir varias veces: "*la puerta de la calle digó,*" y vol-

ver á proseguir su sermón; mas viendo que no la cerraban, volverlo á interrumpir, diciendo: "aquella puerta he dicho, señores," causando estas palabras risa en el auditorio, risa impropia de aquel lugar tan sagrado, pero risa indispensable si se quiere, originada por el predicador.

Mucha y alta gloria aguarda el sábio predicador en el resplandeciente cielo, y mucha y alta gloria á aquellos que por medio de su palabra han entrado en la senda de la virtud; pero severo castigo al que no ha cumplido con una misión, tan sagrada y tan noble.

¡Dios bendiga á los primeros é ilumine á los segundos, para que el mundo, guiado por la luz divina de la religion sea feliz en este mundo y en el otro!



Los Sacerdotes.

Ninguno tiene tanta obligacion de enseñar y de instruir escribiendo, como el sacerdote; y esta obligacion es en él indispensable porque su misión es estender por todas partes la doctrina de Jesucristo: y para estenderla por todas partes necesita escribir, porque los libros con facilidad marchan á los mas remotos paises, cosa que no les suele ser posible á los hombres. Esta verdad clara como la luz del sol, y el anhelo porque nuestra divina religion, única verdadera, reine pura en el corazon de todos los hombres, ha sido la causa poderosa que me ha hecho escribir este artículo, y el anterior destinado á los predicadores.

Como todos los miembros de la iglesia es-

tán en camino para llegar á ser predicadores, cargo que como hemos visto, requiere grandes virtudes y vasto saber, no me parece que será inútil esponer algunas máximas respecto á los santos deberes del sacerdocio; pero antes empezaré por manifestar cuán ricos deben ser en virtudes los hombres que se proponen abrazar carrera tan espinosa y entrar en la estrecha senda que señaló el Hijo de Dios.

Muchos abrazan la carrera eclesiástica; pero pocos son los que al abrazarla van con el fin de ser útiles al mundo, severos consigo mismos y dignos ministros del Señor. Muchos los que se dedican al estudio de la teología para alcanzar un estado que juzgan feliz y poco penoso; pero pocos los que la estudian con el santo anhelo de pasar una vida llena de tribulaciones, trabajos y escasez como la de Jesucristo.

Influye poderosamente á que algunos abracen la carrera eclesiástica sin meditar detenidamente en las obligaciones que pesan sobre el sacerdote, y en la responsabilidad que del olvido de guardar estas obligaciones contrae ante Dios, la opinion de la mayor parte de los padres que creen de buena fé que, basta el que sus hijos vistan el traje sacerdotal para que sean felices, y que servirán bien á Dios, aunque no se priven de los bie-

nes y de algunos goces inocentes del mundo: De aquí nace, como dice Villanueva, que se dediquen muchos jóvenes á este estudio (la teología) sin haber ecsaminado antes su vocacion, sin haber purificado su ánimo de la avaricia, de la ambicion y de otros vicios; sin proponerse el fin recto que santifica y que hace fructuoso este estudio.

Jesucristo al abrazar la divina mision de ser útil y salvar al género humano, renunció á las comodidades de la vida, á la grandeza humana, á los honores del mundo, se desprendió de su misma vida, por decirlo así, y cifró su gloria en predicar y en observar la humildad, la pobreza, la caridad, y el amor á Dios, único bien á que debe aspirar el hombre.

El que pretenda seguir sus pasos, el que pretenda como él, ser útil á la humanidad, el que pretenda enseñar su santa doctrina, el que pretenda en fin, ser digno ministro de él, no debe, pues, ver con ojos carnales, ni como una colocacion honesta donde pasar la vida con tranquilidad, el estado de la iglesia, sino como el camino mas espinoso y duro que se presenta al hombre, aunque glorioso á la vez: camino estrecho en el mundo, pero ancho y feliz al acabarlo.

Por eso el joven desde el instante que piensa estudiar para pertenecer á la iglesia, debe

examinar su corazón y calcular si tendrá la suficiente fortaleza para dejar á sus padres, parientes, hermanos, y todo cuanto de seductor tiene el mundo, por solo Dios, por solo ser grato y servir á ese Divino Salvador, que despreció las riquezas, los honores, y las comodidades, por salvar al infeliz mortal del pecado y de la muerte eterna: porque solo así aceptará Dios sus servicios: solo así aceptará Dios sus estudios.

El sacerdote desde el instante que pronuncia sus votos debe separarse de su familia, porque se separa del mundo: el sacerdote desde el instante que pronuncia sus votos, debe separarse de los bienes terrenos, porque se separa del mundo entero, y los bienes terrenos forman otra parte del mundo: el sacerdote desde el instante que pronuncia sus votos muere para sus padres, para los gozos pasajeros, para los honores, para el orgullo, para la vanidad, para la dureza y para la riqueza, porque se separa del mundo entero, y el mundo lo forman todas las cosas que acabo de espresar.

No basta, pues, que el sacerdote, sea caritativo ó que posea alguna otra virtud relevante para ser un buen ministro de Dios; no: el digno sacerdote necesita reunir todas las virtudes, porque Jesucristo las poseyó todas, y solo aquel que las posee seguirá los pasos

del Divino Maestro y será digno de llamarse ministro suyo.

No le basta al sacerdote socorrer á esta ó á la otra familia con dinero para que mitigue el hambre que la mata; preciso es también al mismo tiempo que socorra con el alimento de la palabra divina á los infelices que, sin recursos para proporcionarse una regular educación, viven en los barrios sin conocimientos religiosos, sin moral, y sumidos en la mas crasa ignorancia.

Al sacerdote no le pertenece el mundo; pero el sacerdote sí pertenece todo al mundo.

Jesucristo recorría los puntos mas humildes predicando y enseñando su divina doctrina: el digno sacerdote debe dirigirse á los barrios mas apartados donde vive la gente mas pobre, y reuniendo en alguna casa á la juventud, destinar ciertas horas del día á instruirlos en la santa religion, á enseñarle el camino de la virtud y á darle una educación sólida que proporcionaría á las naciones, honrados y buenos ciudadanos, y á Dios dignos y amados hijos.

Nunca Jesucristo recibió paga de ninguna especie de los hombres á quienes enseñaba y servía. El digno sacerdote jamás debe admitir dinero de ninguna persona á quien sirva, porque el sacerdote ha hecho voto de pobreza, y al hacer voto de pobreza ha renun-

ciado voluntariamente, por amor al mismo Jesucristo, los tesoros y los bienes de la tierra.

El verdadero sacerdote, el verdadero ministro de Dios, el que anhele imitar à Jesucristo, solo debe vestirse de limosna y sustentar su cuerpo de lo mismo, que no le faltaria ciertamente socorro si se dedicase à enseñar à la juventud desvalida que gime en la pobreza; porque todo el mundo se afanaria en alimentar y vestir, al que à sus hijos alimentaba con la palabra de Dios y los vestia de la modestia, de la educacion, y de la urbanidad que nos hacen semejantes à Dios.

El fausto y la grandeza humana, pertenecen al mundo; el sacerdote que pertenece à Jesucristo debe huir de ambas cosas.

Los hombres se afanan por vivir en suntuosas casas, para saciar su vanidad y deslumbrar à los hombres: el verdadero sacerdote debe buscar para su habitacion la mas pequena y mas pobre, para afirmarse mas en el amor a la humildad y agradar à Jesucristo, que siempre durmió en modestas casas.

Los poetas, los oradores, y todos los escritores profanos como que aman sobre todo lo que ecsiste en la tierra, la gloria vana de los hombres, de todo se descuidan, todo desprecian, embebecidos y arrastrados por el afan de adquirir fama de sábios. Los ver-

daderos sacerdotes, los que deberas aman à Dios sobre todas las cosas, preciso es que se aparten de todo por conseguir el amor de Dios; y para conseguir este amor, indispensable es que se entreguen à enseñar à la juventud, olvidándose del mundo, del lujo y hasta de sí mismos.

Ninguna señal, por leve que sea, debe notarse en el sacerdote, que se opongan al destierro de los placeres de la vida. Inocente es el vicio de fumar, pero bueno seria que, aun de este vicio inocente, se desprendiera el ministro de aquel ser tan perfecto que ni en lo mas mínimo se deslizó del camino de la virtud.

Tampoco le está bien al sacerdote el presentarse en ninguna diversion pública por honesta que sea, pues ya que es obligacion suya imitar à Jesucristo, debe no olvidar que Jesucristo jamas desperdiçió los momentos, y que solo se ocupó en enseñar su doctrina y en consolar à los desgraciados.

Se me dirà que si estrechamente se siguieran las reglas señaladas por el Hijo de Dios, serian muy pocos los hombres que abrazaran la carrera de la iglesia: pero yo contaré que este es el deber indispensable, el deber de todo sacerdote. Pocos ministros habria, es verdad, pero estos pocos ministros harian mas provecho al mundo que un nú-

mero considerable de sacerdotes que no comprendieran sus deberes. Doce solamente fueron los apóstoles; pero estos doce hombres bastaron á dar á conocer y á enseñar la doctrina de su Divino Maestro al mundo entero.

Mas no se crea que esta humildad y esta pobreza que recomiendo en el sacerdote, deseo ni creo que se debe hacer extensiva á aquello que pertenece al culto y á la casa de Dios, no.

Todo lo que sea para Dios, dedicado á él por los hombres, deberá ser grande; porque todo se lo debe el hombre á Dios; y por mucho que le dé, jamas recompensará ni el mas pequeño de los muchos bienes que le ha concedido.

El coche destinado para asistir á los enfermos con el santo Viatico, deberá ser hermoso, porque no está dedicado al servicio de ningun hombre, sino como una prenda que el hombre dá á Dios para llevarlo con la decencia que él merece.

Ningun sacerdote deberá tener, por lujo, carruaje ninguno, porque las cosas superfluas pertenecen á los hombres, y no al que se ha separado de los hombres por unirse á Jesucristo que siempre caminó á pié. Mas cuando por falta de salud ó por la fuerza de la edad, se haga indispensable el coche, de-

berá ser este sin lujo, pobre y humilde, sin adornos que revelen vanidad mundana.

La iglesia deberá estar siempre adornada decentemente, porque este adorno es dado por los hombres á Dios como una prueba de amor; pero las casas de los sacerdotes deberán tener solo lo muy preciso para vivir como hombres.

Deberán los sacerdotes vivir solos, asistiéndose ellos mismos en todo lo necesario; mas cuando esto último no puedan, se deberán valer de algun niño á quien eduquen, y de ninguna manera de muger por anciana y virtuosa que sea.

Las casullas y demas cosas indispensables para celebrar el santo sacrificio de la misa, deberán ser tambien, como todo lo demas de la iglesia, decentes, porque aquellas casullas y demas galas de la iglesia, son un presente hecho á Dios por los hombres; pero en la calle deberán ir los sacerdotes con un traje pobre que revele humildad y desprecio de las pompas de la tierra; y si posible fuera el variar el traje que las distintas religiones llevan, hermoso seria que todo el sacerdocio, todas las columnas de la iglesia, vistieran el mismo ropage que cubrió el cuerpo de Jesucristo.

Nunca los ministros de Dios, sino es para algun fin indispensable y santo, deberán vi-

sitar casa ninguna, y mucho ménos aquellas donde hay jóvenes de otro seso, para no dar lugar à que lenguas maldicientes se ceben en la honrra de la virtud misma, con daño de la religion salvadora.

Ni aun con sus hermanas debe hablar en público el sacerdote, y mucho ménos acompañarlas, porque no à todo el mundo le constará que lo son, y algunos que ignoren los lazos que los unen, podrán hablar libremente cuanto les sujiera su maliciosa imaginacion y sus depravadas costumbres.

Algunos creen que es sajero; pero si escaminan detenidamente los deberes que pesan sobre el sacerdote, verán que aun deo algunos claros por cubrir, y que para ser digno ministro del Señor, es indispensable amarle sobre todas las cosas, y vivir solo con él, pensando en él y sirviendo únicamente à él.

Sacerdotes dignos son los que abrazando las psnalidades y las miserias, y los tormentos, y saerificando si se ofrece la vida, cruzan el mundo y penetran en medio de los gentiles y de los idólatras à enseñar la doctrina salvadora de Jesucristo. Esos sacerdotes misioneros que dejan todo por amor à Dios son los que alcanzarán la bienaventuranza eterna.

No es menester que todos los sacerdotes salgan de las ciudades para enseñar al que

no sabe las máximas, predicadas por Jesucristo. En las calles, en las plazas, en los arbabales, en todas partes en fin, hay multitud de hombres à quienes es preciso enseñar à conocer à Dios, porque tibios en la fé y sin instruccion sólida en los deberes del cristiano, son como otros tantos autómatas que van à misa, porque les han dicho desde niños que es un deber oir misa, pero no como han de estar en ella, ni por qué es preciso oirla; hombres que llevan el nombre de cristiianos porque la iglesia los ha recibido bañándolos con el agua del bautismo. Mas no basta estar bautizado para ser cristiano; es preciso para serlo, seguir à Jesucristo: esto es, conocer profundamente, amar, y guardar su divina doctrina, haciendo todos los deberes que la iglesia impone al cristiano, no por cubrir las apariencias, sino por conviccion.

¿Amas à Dios sobre todas las cosas? ¿Estas pronto à renunciar à tu familia, à la compañía de tus mejores amigos, à las diversiones que halagan el corazon humano, à vivir en la pobreza, à enseñar al rudo, à consolar al enfermo? abraza el estado de la iglesia, porque con esas virtudes, tú solo podrás traer al conocimiento de sus deberes à toda una ciudad. ¿Careces de alguna de las cualidades dichas, aunque te adornen las otras?... no pretendas ser ministro de Dios, porque serás

indigno de su amor, y tu responsabilidad será terrible al presentarte á él.

Jesucristo fué la suma humildad, y sus ministros han de ser sumamente humildes: Jesucristo fué sumamente pobre, y sus ministros deben ser estremadamente pobres: Jesucristo fué la suma caridad; y sus ministros deben ser sumamente caritativos; Jesucristo en fin, practicó todas las virtudes, y sus ministros están obligados á practicar todas las virtudes para ser dignos de él.

¡Dichoso será el mundo cuando aquellos que abrasen el estado eclesiástico solo ambicionen el bien de sus semejantes y la salvacion de todas las almas!....



Afan por tener libros.

Muchos tienen placer en comprar cuantas obras oyen elogiar, y se deleitan en contemplarlas colocadas en sus estantes, ó ya hojeando esta, ó ya leyendo un trozo de aquella, empezando todas y no acabando de leer ninguna. Los que esto hacen son semejantes á aquellos que tienen vicio en comprar cuantos relojes ven buenos y malos, y no saben la hora que es, aunque acudan á ver señalada la hora que marca cada reloj.

¡Cuanto mas valiera que todo ese tiempo que inviertes en buscar y amontonar libros, lo emplearas en estudiar pocos y buenos!

Los que amontonan libros que no leen, ni estudian, y solo saben de memoria los títulos de ellos, que es lo que forma su erudicion, se

asemejan á aquellos ciegos que viajan por todo el mundo, y que el único provecho que sacan de sus viages es el de aprender los nombres de las ciudades en que han estado sin haber visto sus bellezas.

El que compra libros que no han de alimentar su alma, es como el que compra manjares esquisitos por solo el placer de tenerlos; pero de los cuales no le gusta comer, y no sustentan por lo mismo su cuerpo.

El que gasta grandes cantidades en comprar libros que no lee, por la necia vanidad de que vean que tiene libros, se parece al que se afana por reunir medallas antiguas, por el solo placer de verlas y de enseñarlas, y de adquirir fama de hombre de buen gusto.

No debe el hombre lisonjearse por el número de volúmenes que tiene en sus estantes, sino por lo bueno de sus materias, porque muchas bibliotecas he visto atestadas de libros insustanciales, y con solo dos ó tres obras de mérito; imitando al mundo en que vivimos, donde es mayor el número de necios que el de entendidos.

Otros hombres hay que leen cuanto se escribe, y compran todas las obras, para saciar el hambre de saber que les mata; pero resulta de aquí que, llevados de ese afan de adquirir nuevos conocimientos, leen de prisa, devoran, por decirlo así, los libros, y pasan

corriendo por cosas que deberían ser vistas detenidamente: asemejándose á los que viajan en diligencia que ven todo; pero que de nada pueden hablar profundamente, por causa de la rapidez con que han caminado.

La luz recibida poco á poco y gradualmente, aumenta la claridad: la mucha luz recibida de golpe nos deslumbra, y muchas veces nos ciega. Poco á poco se deben leer los libros para que nos ilumine su luz, porque de lo contrario fácil será que nos haga daño y nos ciegue.

La lectura es el alimento del alma, y es aprecio que este alimento lo reciba con método; porque así como es indispensable que los manjares vayan bien masticados para que con facilidad hagan la digestión, así es menester que vaya la lectura bien meditada para que aproveche é ilustre.

El que lee sin meditar varias obras á un tiempo, se parece al curioso que se pone á escuchar la conversacion de varias personas que forman diferentes círculos, que de todos saca palabras, pero que ignoran el asunto de que se trata.

Cierto es que hay algunos de tan feliz memoria que con facilidad retienen en ella cuanto leen; pero esto no es suficiente. No basta tener mucho oro en las arcas, preciso es conocer el valor que ese oro tiene, y el